

Obras de Nuestro Siglo

En el día preciso del centenario de Anton Webern, el Teatro Municipal abrió un "Festival de Música del Siglo XX"... ¡sin Webern! Pero digamos, en seguida, que la selección de este programa inaugural era como para dejar satisfecho al público más exigente.

Juan Pablo Izquierdo dirigió de manera soberana, empezando por el Octeto para vientos (1923), obra importante de los albores de la época "objetiva", neoclásica, de Stravinski. En las seis décadas, pasadas desde entonces, no se han desvanecido las armonías refrescantes, los ritmos sincopados o irregulares, la gracia de las figuraciones barrocas. Lograron una versión estupenda Sergio Allendés (flauta), Luis Rossi (clarinete), Jorge Espinoza y Nancy Bagatell (fagotes), John Schroeder y Juan Urbina (trompetas), Ronald Kendall y Todd Weinman (trombones).

Luego se escucharon, brillantemente guiadas, las "Visiones nocturnas" para percusión, del compositor y percusionista Guillermo Riffo, quien recrea deliciosamente a sí mismo, el director y los cinco intérpretes con sus juegos virtuosistas. Abundan los pasajes aleatorios en la creación, un tanto extensa, que hace alternar susurros y timbres misteriosos con estrépito agresivo. Excepcionalmente lograda nos pareció la estructura del *ostinato* en siete tiempos.

"La historia del soldado", dice Stravinski en retrospectiva, "marca mi rompimiento definitivo con la escuela de la sonoridad orquestal rusa". Es, según Ernest Bloch, "un modelo de buena música a base de harapos, ensueño y desperdicios". Fuera de elementos españoles, franceses y germanos está aquí el jazz, que el compositor conocía sólo a través de música impresa (se la

trajo Ansermet desde los Estados Unidos).

Obra clásica de nuestro siglo, escrita en 1918, equivale a una piedra de toque para cualquier director e intérprete. Felicitaciones a Rossi, Espinoza, Schroeder, Kendall, Jaime de la Jara (concertino), Ramón Bignon (contrabajo) y Santiago Meza (percusión), quienes siguieron con entusiasmo los ademanes funcionalmente nítidos del maestro.

Después actuó el conjunto filarmónico entero, en la caja acústica grande. La *Sinfonietta*, de Alejandro Guallelo, escrita en 1980 para las Semanas Musicales de Frutillar, exhibe interesantes búsquedas de colorido, excitación interior y empujadas figuras rítmicas al lado de curiosos estancamientos. Sin embargo, impresiona el manejo de la orquestación y el lenguaje serial.

Impacto profundo causó "Un sobreviviente de Varsovia", del postrer período de Schoenberg. Por sus trastornos a la vista, el compositor sólo pudo anotar la *particella* de la obra, en papel de música confeccionado especialmente para él, ocupándose René Leibowitz de todo lo ulterior. Esta creación de Schoenberg se vale del relato personal de un judío que sobrevivió a la masacre del ghetto de la capital polaca, en 1943.

La Filarmónica, el narrador Fernando Lara y las ochenta voces del coro masculino de Waldo Aránguiz participaron en la entrega memorable de la concisa partitura, que une el rigor dodecafónico con un expresionismo imponente. El titular del conjunto extrajo de la obra todo su poderío. El éxito avasallador de esta presentación seguramente se repetirá en la clausura del festival, fijada para el lunes próximo.

Federico Heinlein